

CINE

El marqués de Sade, en España

Lo primero que hace un español medio cuando pisa suelo francés es comprarse la revista «Lui», ir a una «sex-shop» o a un cine donde proyectan «porno». Yo, que soy un español medio donde los haya, me pasé primero por las calles del barrio universitario de aquella ciudad francesa provinciana. Me fascinaba el espectáculo de las paredes llenas de «grafittis» políticos, respetados, incluso respetados entre sí, en un alarde de «fair-play» político mural. Buena parte de los «slogans» estaban dedicados a los acontecimientos españoles del mes de diciembre. Por lo que me cuentan, este hecho es común en casi todo el globo terráqueo: desde Siria hasta Nepal, desde Amsterdam hasta San Francisco, el diciembre español nos dio más publicidad que cualquier campaña de promoción de la naranja.

Sobre los muros de esta ciudad francesa de segunda categoría (después de París, en Francia todas las ciudades son de segunda categoría), que puede equivaler, por población, a Zaragoza, veo todos los catecismos políticos operantes. Las juventudes posdegauillistas, las comunistas, las troskistas, ¡monárquicos franceses! y el Movimiento Judío. Lo que queda de la democracia formal francesa es un espectáculo tan exótico para mí como debió serlo Barcelona para aquellos indígenas americanos de «muestra» que se trajó Colón en su primer viaje.

Y, naturalmente, después del exotismo de la democracia formal, el «porno». Repaso la cartelera y me entero de que en un cine proyectan *Los infortunios de la virtud*. Es el subtítulo que puso el marqués de Sade a su benemérita obra *Justine*, y está interpretada por Romina Power. Desde niño he conservado un cierto respeto reverencial por el padre de esta señorita, el gran Tyrone Power de *El hijo de la furia*. He seguido de cerca la carrera publicitaria de la señorita Power y de su madre, Linda



Marqués de Sade

Christian. Recuerdo precisamente el viaje de «Ty» por España, acompañado de Linda Christian en calidad de secretaria. A lo mejor la señorita Romina nació como consecuencia de aquel viaje. Desde mi propia arqueología, pues, una voz profunda me llamaba hacia la sala donde se proyectaba *Los infortunios de la virtud*, película que tiene ese sello de distinción universal de los productos culturales que jamás circularán por España, Irlanda, Portugal o Turquía.

EL MUNDO ES UN PANUELO

El cine me recuerda los cines de riguroso barrio de mi ciudad. Sillas de madera de asiento abatible, deslucidas por las frotaciones de los cuerpos, las salpicaduras de las bebidas y los helados, incómodas y crujientes, amarradas y sin ninguna personalidad. El público se componía de españoles, malgaches, tunecinos, jubilados franceses y adolescentes nerviosos. Me vino a la memoria el castellano dicho de que «Dios los cría y ellos se juntan».

Primero nos dieron un pase y repase de publicidad peor que la que puede presenciarse en los cines de mi país. Los argumentos eran aún más tontos, los actores aún más apasados y la persuasión aún menos evidente. A continuación, dos cortos suavemente erotizados, protagonizados por actores de cuarta o quinta categoría biológica. Después, un programa de información casi tan conservador como el No-Do, y cuando ya creía estar al borde del perverso

mundo del marqués de Sade, descanso.

Un descanso en el que consumimos la misma marca de helados que había anunciado un «spot» publicitario. No por la persuasión del «spot», sino porque no había otra. No hay mejor publicidad que actuar en régimen de monopolio. Y ya refrescado el estómago, algo aletargados los instintos, comienzan a proyectarse los títulos de *Los infortunios de la virtud*. Por los nombres que van apareciendo me doy cuenta de que, al menos, esta película es coproducción española. El mundo es un pañuelo. Ya me preparo para lo peor, porque si no hay manera de que yo pueda publicar la palabra «sobaco» en mis escritos, ya me dirán qué Sade va a salir de una coproducción española.

Y mis temores se confirman cuando compruebo que el material de mi tierra priva en esta película. El director se firma Jess Franco, la manera más clara de delatar su verdadero nombre. Un 99 por 100 de los extras son españoles. Casi todos los actores secundarios son españoles. Y, ¡oh sorpresa!, la escenografía es española, y buena parte de las glándulas mamarias que se exhiben en la película también están criadas bajo el sol de España.

JUSTINE, EN EL PARQUE GÜELL

He aquí un magnífico título para una posible novela «porno» española. Un título sugerido por la película que comento. Para empezar, la película es un engendro que mezcla temas y situaciones de dos novelas de Sade: *Justine* y *Juliette*. La tesis de Sade es que a la virtuosa Justine todo le sale mal, muy mal, y a la amoral Juliette todo le sale bien, muy bien. La película se inventa primero un Sade torturado en su encierro poblado de sueños escabrosos. A continuación aparece la Casa del Arcediano barcelonesa, utilizada como jardín de colegio conventual de señoritas y como entrada de prostíbulo donde se amancebaba la amoral Juliette y de donde huye la virtuosa Justine.

La Casa del Arcediano es un lugar muy sacramental, culturalmente hablando. Allí está situada la Hemeroteca Municipal de Barcelona, a pocos metros de la catedral. También la catedral aparece utilizada en la película, y la Plaza del Rey.

Romina Power, la tontamente virtuosa Justine, se pasa toda la película de la catedral de Barcelona al Parque Güell de la misma ciudad, y en ocasiones, para variar, se da una vuelta por Montjuich para meterse en el Palacio Nacional. Todo el mundo de Sade está destruido en esta película, sus tesis han desaparecido, le han convertido en un vulgar autor de novela pornográfica, a la altura de aquellos títulos españoles de los años veinte: *El buscador de lujuria*, *Poseida*, *La perseguida hasta el catre*. Es una reducción de la inquietud espiritual de Sade a simple novela verde, pero una novela verde a lo tonto, con mucha anilina roja y mucha glándula mamaria, algún glúteo que otro y un exhibicionismo alternante de la señorita Power, con cuerpo de adolescente y cara de torta.

No diré que a mis ojos de indígena recién llegado a las fronteras de Europa no les sorprenda el uso y abuso de la exhibición de glándulas mamarias. Me vienen a la memoria cuadros de tranvía de mi infancia, cuando el pa-

de la señorita Power provocaba histerias entre las «teen-agers» españolas de los años cuarenta. Por aquellos años era habitual el espectáculo de las señoras que daban el pecho en el tranvía, única posibilidad de didacticismo erótico que teníamos los niños españoles de entonces y única posibilidad de exhibicionismo que tenían las señoras del país en la prehistoria del *new look* de las faldas.

De todo el asesinato del marqués de Sade, protagonizado por un puñado de neuróticos del inmenso manicomio español, que presencié en Toulouse (¡otro nombre ligado a la mitología radiofónica de los años cuarenta!), lo que más impresión me produjo fue la utilización del Parque Güell como convento de frailes donde Justine pierde todo lo que tenía que perder, menos una virtud metafísica que conserva justo debajo de las glándulas mamarias: en el corazón. Allí, Jack Palance hace da lascivo prior, y entre los figurantes aparecen notables protagonistas de la crónica esperpéntica de Barcelona. No digo nombres. Me llevaré el secreto a la tumba. —>



Jess Franco intuye a Romina Power en un plano de «Justine».

# por la "dulce Francia".

Ponga atención en el Valle del Loira. Se encuentra usted en el corazón refinado de la refinada Francia.

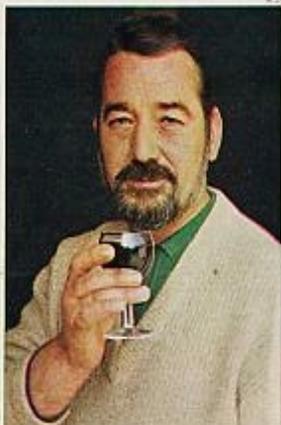


Para comprobarlo, ahí están sus 120 castillos. Unos son medievales, otros renacentistas, algunos barrocos. Los hay tan monumentales que sólo el esfuerzo de varios reyes logró concluirlos, y otros son recoletos, como imaginados por el autor de un bello cuento de hadas. (Precisamente el castillo de Ussé inspiró La Bella Durmiente del Bosque.) Pero todos son armoniosos y elegantes. Siguiéndolos usted descubrirá que todo lo que ha contado en la historia de Francia, desde Juana de Arco a George Sand, ha pasado por ellos.

Cuando se cansa de ver castillos, usted verá lo que los franceses y la naturaleza son capaces de hacer con el paisaje. Desde bosques armoniosos por los que se pasea con solemnidad el ciervo, hasta ordenados jardines que organizan con misterioso equilibrio formas, espacios y colores.

No todo es historia y naturaleza en el Valle de Loira. Hay una armonía que asciende del fondo de los siglos y que lo impregna todo. Por ejemplo, la sonrisa de ese desconocido que le indica una dirección, la intimidad de tantos albergues donde incluso los precios son discretos. (Pruebas al canto: usted puede saborear un excelente menú, incluyendo un buen "brochet roti" por poco más de cien pesetas. En cuanto a los hoteles, los tiene confortables por poco más del doble).

Si usted no tiene tiempo de recorrer toda Francia, venga este verano al Valle del Loira. Usted comprenderá de un solo vistazo por qué siempre se dice "la dulce Francia".



## "Luz y Sonido" en el Valle del Loira

Contemple este verano este singular espectáculo en Chambord, Blois, Amboise, Chenonceaux, Azay-le-Rideau y otros muchos castillos.

Todas las noches, la vida fabulosa de los castillos del Loira revivirá para usted entre mil luces.



# france

Gratis, un mapa de carreteras e información sobre cómo conseguir descuentos de hasta 25% en sus compras. Escriba a las Oficinas de Turismo Francés (José Antonio, 59 Madrid, o José Antonio, 656, Barcelona) o a su Agencia de viajes.

Nombre .....

Profesión .....

Dirección .....

Región que desea visitar .....



«HAPPY-END»

Supongo que el director de esta obra jamás concibió la peregrina idea de que se pudiera proyectar en España, al menos hasta el año 2010, en el que empiecen a notarse los benéficos resultados de la larga ejecutoria del asociacionismo político. Y en estas condiciones, y dada la madurez del público europeo ante estas cuestiones, me pregunto por qué extraño placer «sádico» se ha complacido en convertir *Justine* en un engañoso anti-Sade. Tal vez sea una personal visión de actitud contestataria convertir *Justine* en la no menos clásica obra del XVIII *Pamela*. Porque la virtud de Romina Power merece al final la recompensa de una buena boda con el único hombre que, cuando la ha visto como Linda Christian la parió, le ha puesto su propio abrigo por encima para que no se vea.

Y los jóvenes recién casados pasean por un jardín español, después del reencuentro de la perversa Juliette la virtuosa Justine. A pesar de las adulteraciones del señor Jess Franco, la cosa también tiene su moraleja amorosa. Porque a través de la depravación (Juliette) o a través de la virtud constante burlada y desnudada (Justine), en el reencuentro de las dos hermanas, al final de la película, la que está en mejor posición social (va en calca, acompañada de un marqués que la ha cubierto de brillantes de la cabeza a los pies) es Juliette.

Pero ante el espectáculo de la joven pareja, uno imagina un buen futuro para la Justine «made-in-Spain», y entre esta película y la ristra de engendros «liberales» tipo *No desearás al vecino del quinto* o *La que arman las señoras*, el único matiz pornográfico que indica que hay Pirineos es que en *Los infortunios de la virtud* salen algunas señoras en sus cueros. La cultura que ha producido *La venus ante el espejo* o *La maja desnuda*, ha acabado prefiriendo hacer la apología indirecta de la homosexualidad fingida en *No desearás al vecino del quinto*, que exhibir, de vez en cuando, la anatomía femenina.

Sade termina Justine con un sarcasmo delicioso. Cuando «la pobre niña» está a cubierto de toda lascivia, protegida en el hogar de madame Lorsche y el juez Corville, estalla una tormenta: «... Grandes ráfagas de viento penetraban por las ventanas abiertas, rompiendo los vidrios y azotando los postigos. Justina, para tratar de limi-

tar los daños, se puso a luchar para tener cerrado el postigo de la ventana más amplia. De repente, un enorme rayo cayó desde el cielo; saliendo de las nubes en líneas quebradas, su extremo agudo penetró por la ventana ante la cual estaba parada Justina y... ¡la fulminó!».

En cambio, en la versión «made-in-Spain» para extranjeros, Justine termina bien vestida, muy vestida, y bien casada, muy casada. Nadie le va a pagar a Jess Franco su gentileza para con la moral vigente en su país. Porque casada o sin casar, la película nunca se proyectará en España. Como en una prueba de generoso «aggiornamento», aquí hemos puesto la materia prima: extras, actores, Gaudí, Montjuich, el Barrio Gótico barcelonés, autocensura, pero, por lo demás, ¡que pequen ellos!

Como decía don Miguel, y como se confirma a través de la proyección de esta Justine de exportación: «Qué país, qué paisaje y, sobre todo, ¡qué paisanaje!». ■

M. VAZQUEZ MONTALBAN.

Cine en Valladolid:  
una semana  
festivalera

Desde hace dieciséis años viene celebrándose en Valladolid la Semana Internacional de Cine Religioso y de Valores Humanos. Una denominación complicada y ambigua que permite a sus promotores ir ofreciendo algunos de los títulos de interés que se hayan producido durante el año. La selección de estos títulos suele tener como principal fuente de inspiración los proyectados en los festivales europeos de alto copete: Cannes, Berlín, Venecia, Karlovy-Vary... aunque en la mayor parte de los casos se necesita que estos títulos hayan sido importados por alguna empresa española, que los ofrece a la Semana de Valladolid con el fin de conseguir una reducción de sus impuestos de importación. Así, este festival viene convirtiéndose en una seleccionada muestra de la programación de los cines españoles del próximo año. Lo que ocurre es que como la censura en España es discriminatoria en lo que se refiere a programación de festival y programación de cines comerciales, se da la paradoja de que películas premiadas en Valladolid, es decir, declaradas de máximo interés religioso y de valores hu-

manos, hayan sido luego prohibidas para una exhibición normal. Por esto sorprende siempre en Valladolid la insistencia que se suele hacer, a nivel oficial, de la austeridad, pureza y validez de este festival, en comparación con la degeneración progresiva y pecaminosa de festivales foráneos; sorprende este año aún mayor, ya que las películas proyectadas en Valladolid han sido las que la censura española ha permitido de los festivales extranjeros. (Imagino que el lector sabe que en los festivales del mundo no hay censura.) La Semana vallisoletana se erige, en palabras de su director, Antón de Santiago y Juárez, como «denuncia valiente y honesta» que «ha sido ahogada por el materialismo y egoísmo de quienes han olvidado la gran virtud del cine como incomparable instrumento de información y de cultura, de acercamiento entre las naciones y civilizaciones más diversas», que «inundan las salas con películas carentes de todo valor ético o positivo, exaltando las pasiones más bajas, en un pernicioso clima de amoralidad».

Así fueron los enunciados de la Semana, que en palabras más amplias expresó el ministro de Información y Turismo en la sesión de apertura. Sesión a la que asistieron los invitados y críticos desplazados a la Semana junto a una amplia representación del Ayuntamiento vallisoletano. Fue ya de notar en este primer día de festival la escasa asistencia este año de público joven, generalmente amplio en años anteriores. Este «grupo» de jóvenes solía ser un buen elemento del festival, el único capaz de opinar públicamente sobre películas, proyecciones y actividades generales de la Semana en términos que, aunque no fueran siempre bien recibidos por los asistentes locales, eran capaces de alimentar lo que oficialmente se calificó de «espíritu». Sobre estos «detractores» opinaba en el boletín de la Semana el autor, entre otros libros, de «El Real Monasterio de Santa Clara» y «Tordesillas en la Historia», don Eusebio González Herrera: «¡Pobre sería esta Semana si no tuviera detractores! Y ahora somos nosotros los que interrogamos: ¿Ha visto u oído usted alguna vez que un hombre bueno, una política sin mancha, una institución honorable y un congreso cinematográfico como éste carezca de detractores? Además, no olvidemos que, en estos casos, los inconformistas constituyen el acicate de nuestras inquietudes

y avivan nuestros deseos de superación. Pero compadecemos de ellos».

Estos sentimientos no pudieron ser aplicados de forma directa en ninguna sesión de la Semana, ya que toda ella se celebró en la más apacible quietud. La excepción más importante fue sin duda la de la película española *El Cristo del Océano*, que, dirigida por el autor de «No desearás al vecino del quinto» y «Cateto a babor», Ramón Fernández, representaba oficialmente a España. Todo el mundo había creído, por comentarios no oficiales, que la película española iba a ser *Canclones para después de una guerra*, la muy inteligente película de Basilio M. Patino, una de las obras más importantes de los últimos años del cine español. Pero, por problemas de censura, la película no llegó a Valladolid. Peter Schamoni, miembro del Jurado, realizador joven alemán («La veda del zorro», «Es...»), decía en un periódico de la villa: «No me interesan los nombres encasillados del cine español, y en cambio insisto en que en este certamen debería haber algo de la categoría de realizadores como Carlos Saura; películas del cine español que son tomadas justamente como cine de auténtica calidad y con valor en todos los países». Habría que decir, sin embargo, al señor Schamoni que, a pesar de todo, *El Cristo del Océano*, la ridícula película que representó a España, era una justa representación. El cine español, nos guste o no, es así. Y así debe quedar demostrado. Pero el caso es que durante la proyección hubo varios pateos, contrarrestados por amplio público vallisoletano, que reaccionaba aplaudiendo. Pequeño conato de disputa («¿Por qué no pateas en la plaza de toros, macho?», «¿o a mis espaldas») que no cuajó en nada. Al día siguiente todo el mundo comentaba la película irónicamente, pero se olvidó pronto de ella. Y es justo reconocer que a esto colaboró la excelente programación que, en términos generales, ofreció este año Valladolid.

El señor que a mis espaldas gritaba de forma desmesurada y en términos no publicables durante los pateos de la película española, era uno de los que con la más decidida expresión de agresividad reprimida hundía sus pies en el suelo durante la proyección de *On est loin du soleil*, de Jacques Ledru, muy interesante película canadiense, que plantea, en términos estéticos poco usuales, casi gráfi-

cos, la historia de una familia que ve morir lentamente a uno de sus miembros. Ambiente de agonía lenta en todos ellos, que conecta con otro idéntico, más amplio, extensible a todo el país, a todo un sistema social. Película que debería verse en España, al menos para que, como mi compañero de butaca, alguien pueda gritar sin cortapisas.

También hubo, claro está, aplausos unánimes en ciertas ocasiones. Los más claros ejemplos son los de *Il pane amaro*, documental sobre el hambre en el mundo, realizado por Giuseppe Scotese, que resulta interesante en ocasiones, sobre todo por el virtuosismo del autor al no querer plantearse en ningún momento unas explicaciones profundas sobre los fenómenos serios que descubre con la cámara. Gustó mucho en Valladolid y la gente salió impresionada y satisfecha. Como con *Elise ou la vraie vie*, de Michel Drach, película política sobre la situación de los emigrantes extranjeros en Francia y la necesidad de una revolución. La obra es aceptable en general, aun cuando resulta curioso y sospechoso el hecho de que Drach se haya planteado en 1969 (año de realización de la película) un problema en términos de 1957, fecha en que transcurre la acción, «olvidando», entre otras cosas, el famoso mayo de 1968. Agresiva, de cualquier manera, en algunos momentos, la película de Drach no hubiera resultado lógica otros años en Valladolid.

Y es que llegamos a un punto fundamental. Querer ofrecer una muestra del cine del mundo plantea varios problemas. Por poco que se observe, el cine de interés que se realiza últimamente (siempre, claro está, en el extranjero) plantea directamente unos profundos estudios políticos y, tanto en estos casos como en el resto de películas más amables, las escenas de desnudos o de erotismo en general no se escamotean. ¿Qué puede hacer una Semana como la de Valladolid cuando intenta promocionar un cine que no es el que interesa ya en nuestra circunstancia histórica? Su selección no es fácil, ya lo dicen los organizadores. Aunque no tanto porque los «valores humanos» no se den en estas películas cuanto que en este término se tiende a entender un cine muy perfilado, casi confesional. Y las obras cinematográficas importantes de nuestro momento no coinciden en sus presupuestos con los de Valladolid.

Sin embargo, la inacabable facilidad de asimilación de